



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ELEONORA DUSE



En sus elogios la fama
no ha resultado embustera.
¡Es una primera dama
de primera!

SUMARIO

TEXTO: *Advertencia*.—De todo un poco, por Luis Taboada.—A Fulana de Tal, en tal punto, por José Estremera.—Malos humores, por Clarín.—Uno de tantos, por Fiacra Yrizarra.—Ostias, por Eduardo de Palacio.—Descorazonamientos, por Sinésio Delgado.—El jugador, por Manuel Ossorio Bernard.—Cantares, por Ricardo J. Catarinca.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Eleonora Duse.—Miscelánea.—Objetos de escritorio, por Cilla.

ADVERTENCIA

El miércoles próximo se pondrá á la venta en Madrid, y el jueves en provincias, el suplemento al presente número, que contiene el cuento extravagante

FORMIO XXVI

Ilustrado con treinta y dos dibujos de «Mecachis», grabados por Layrita.

Precio de cada ejemplar..... 15 céntimos.
Para vendedores y correspondientes... 10 »

Los suscritores que se entienden directamente con esta Administración lo recibirán gratis.



A UNA SEÑORITA DE SANTANDER:

Tranquícese usted, amiga mía. Conozco todo lo que usted vale y declaro terminantemente que no tiene usted lado cómico.

Antes bien, es usted una joven discreta, inteligente y simpática, y nada de lo que hace usted en el mundo puede ser objeto de mis artículos.

Como habrá usted notado, yo me refiero en estas crónicas semanales á la gente cursi, á los que tratan de salirse de su esfera, á los vanidosos y á los simples; pero de ninguna manera satirizo á las personas de entendimiento, y menos si son bonitas y tienen buen gusto, como usted.

Hay quien supone que yo invento escenas inverosímiles, que desquicio las cosas y exagero los caracteres con el propósito de excitar la sonrisa del lector.

No, señorita; todo lo que escribo es fruto de la observación y de la experiencia. He tenido la suerte de asistir á muchas reuniones cursis, he tropezado en el mundo con mucha gente ridícula, y aun hoy, que ya no ejerzo de joven, ni cultivo el ramo de tertulias, ni veo hacer comedias á los aficionados, encuentro constantemente materia para mis crónicas, con sólo dirigir una mirada á mi alrededor.

Ahora, con motivo de la Exposición de pinturas, no puede usted figurarse las cosas que uno ve y oye y observa. Hay quien ha pintado un cuadro en el que figuran varios personajes históricos, que parecen perros ratoneros, y desde el día de la inauguración anda el hombre loco, buscando amigos que vayan á admirar su obra y á echarle requiebros.

El tal sujeto tiene madre y tres hermanas, que van todos los días á la Exposición, y se colocan frente al cuadro, en apretado grupo, para oír las opiniones de los *amateurs* y contestar á las observaciones de la crítica.

Llega usted, y diga:

—¡Caramba! Ese personaje de la derecha tiene la nariz lo mismo que un boliche.

Y contesta inmediatamente la mamá del artista:

—Lo que hay aquí es mucha envidia y muy poca educación.

—Mamá, no hagas caso de habladurías—añade una de las jóvenes.—Esas cosas se desprecian.

Luego la mamá se encara con usted, y le dice de buenas á primeras:

—Todo lo que ve usted en el cuadro está copiado del natural, y esa nariz es de un sacerdote que va á casa y se ha prestado á ser modelo.

—No lo dudo, señora.

—El pintor es hijo mío, ¿sabe usted? y tiene dos medallas que le dieron en la academia de D. Ceferino, el profesor de bandurria, que además enseña dibujo. Ya puede usted comprender que si mi chico no valiera, no le darían nada, porque allí van hijos de ministros y no pudieron conseguir ni una mala mención honorífica. Lo único que le ha salido flojo en el cuadro es el vestido de Doña Sancha, pero consiste en que mi chico tonta un dedo malo, porque se mordió sin querer, y no ha podido extender el color á su gusto; pero fíjese usted en ese trozo de la derecha. ¿Qué ve usted?

—Un melón.

—¿Cómo melón, si es un casco?

La familia del pintor no abandona la sala segunda en todo el día, y allí recibe á los amigos que van á ver el cuadro y á desahacerse en elogios.

—¡Es mucho Pepito!—dice un caballero respetable, que ha visto nacer al artista y le tiene cariño.—Parece mentira que pinte tan bien.

—Pues este cuadro lo hizo en ocho días. Se levantaba por la mañana, tomaba el chocolate de pie ó sentado en un baúl, porque como buen artista que es, le molestan las sillas blandas; después cogía los pinceles, y tras, tras, se pasaba el día pintando. Todos los de casa hacen servido de modelos. Yo soy aquella dama del fondo que viene á decirle al rey, de parte de la favorita, que se les ha muerto el niño. El rey se sorprende, pero lo oculta, porque está delante su cuñado, que es aquel guerrero de la izquierda.

—Está perfectamente. ¿Quién había de decirle á Pepito, cuando nació, que llegaría á ser un artista? Parece que le estoy viendo en brazos del ama, chupándose las cintas de la gerra.

—Ya entonces se le notaba que iba á tener mucha disposición para la pintura. A los dos años se mojaba el dedo en el chocolate y nos pintaba á su papá y á mí.

—Pero dónde se mete ese chico? No le veo.

—Ha ido á desayunarse, porque está con un huevo desde ayer. El pobrecito se viene aquí á las ocho de la mañana, porque teme que algún enemigo le estropee el cuadro con las uñas. ¡Como está fresco!

—Haberle puesto á secar.

—Ya le hemos tenido en la cocina; pero como las criadas son tan torpes, la nuestra creyó que lo habíamos llevado allí para que lo fregase, y le pasó el estropajo. Si no llevo yo á tiempo, sabe Dios lo que hubiera sucedido.

En la Exposición hay mucho que ver y mucho que describir.

Aparte las familias de los pintores, que van allí á admirar los frutos domésticos y á dirigir miradas rencorosas á los críticos, vense en aquellos salones muchas señoritas elegantes que exhiben sus vestidos y quieren atraerse la atención del público, y caballeros idolatros del arte, que prorrumpen en exclamaciones entusiásticas á presencia de un cuadro y abrazan por equivocación á cualquiera, creyendo que es el autor de la obra.

—Permitame usted que le estreche contra mi seno. ¡Qué maravilla de cuadro!

—Pero....

—¿No es usted el autor de esta marina?

—No, señor; yo soy segundo apunte de zarzuela, pero ahora estoy parado, porque se nos escapó la característica con un alguacil, y hemos tenido que cerrar.

La Exposición, como otras muchas cosas, se presta á copiar tipos y escenas que el lector cree producto de la fantasía.

Creo usted, pues, señorita, que hay materia en abundancia para escribir artículos, pero que no todas las personas son «aprovechables.»

Usted, por ejemplo, carece de las condiciones que yo necesito para mis crónicas, y lejos de ello, tiene usted un finísimo espíritu de observación y una delicadeza y un buen gusto que la colocan por encima de la vulgaridad de las gentes.

Tranquícese usted, repito, pues las personas como usted no figuran en mi lista de tipos cómicos. Haga usted cuanto le viniere en ganas, en la persuasión de que no incurrirá nunca en el pecado de ridiculizar que otros cometen todos los días, y crea en la sinceridad de mi afecto y en la consideración con que se ofrece suyo atento servidor, Q. S. P. B.,

LUIS TABOADA.

P. D. Si ve usted por ahí á Pepe Estraña, déle usted un abrazo muy fuerte y dígame que he cumplido mi palabra.

A FULANA DE TAL, EN TAL PARTE

Hermosa del alma mía,
en quien, osado é flaco,
puse los ojos y quise
poner lo demás adjunto;
la que, según malas lenguas
(en las que la traya inclayo),
aunque anduvo en varios pasos,
en pocos buenos anduvo,
perdona si en la estafeta
deposito este discurso
que, aunque va muy meditado,
te parecerá ex abrupto.
Solicité tus favores
por cantar *non sanctos dños*,
porque soy humano y *nikhil*
humani à me alienum fuit;
pero cata que, á deshora,
de tu amor como preludio,
entré no sé qué terneras
me pides si sé qué duros.
Diré, aunque plagie á Quevedo,
que me enseñó en esto mucho,
que pedirme y despedirme
para mí viene á ser uno.
Dices: «Dame, Pablo mío,»
y es desatino mayúsculo,
puesto que sabes que dice
«Guarda, Pablo,» todo el mundo.
Aunque ya me encuentro viejo
y cacocimio y enjuto,
y para una guapa moza
no he de ser plato de gusto,
es poco caritativo
que, cuando goces barrunto,
me hagas comprender que en balde
favores de balde busco,
pues que pedir por promesas,
si he de ser franco, juzgo

que es como decir que solo
sirvo ya para un apuro.
Pedirme después sería
más propio, si no más justo;
y entonces, considerando
que á lo mismo fuimos muchos,
viera cuánto me tocaba
para formar tu peculio,
y pagaría mi escote
después de admirar el tuyo.
«¿Una tal hizo, que tal pague,»
dice con razón el vulgo;
que pague quien tal no hizo
aún no lo ha dicho ninguno.
Que estás echada á perder,
me dices, y yo lo duño;
podré creer lo primero,
pero niego lo segundo,
aunque, si es tu precio fijo
el que pides, me figuro
que todos tus parroquianos
irás perdiendo uno á uno.
Con esto, no soy más largo,
aunque, según concepto,
tú dirás que soy bastante
cuando sé escurrir el bulto.
Yo sé que tus peticiones
de hoy más cambiarán de rumbo,
viendo que es tan poco el mío
que me niego en absoluto.
Al recibir estas letras,
que protestas de seguro
porque nadie en el mercado
se prestará á darles curso,
quiera Dios que estés tan bien
como yo estoy con mis duros.
Y agur, mi cara doncella,
que yo baratas las busco.

JOSÉ ESTRINERA.

MALOS HUMORES

(DIÁLOGO, Y NO PLATÓNICO)

—¿De modo que usted es poeta?
—Sí, señor; en cuanto llega la primavera, ya se sabe, poeta. (Si viera usted... siento unas cosas muy raras por aquí dentro)... Pero como en la oficina tiene uno mucho que hacer, sobre todo ahora con esto de las quintas... sin quintos, no me queda tiempo para dar rienda suelta al estro, y tengo que contentarme con ser poeta lapidario.
—¿Y qué es eso? ¿Poeta de cal y canto? ¿O que hace usted llorar á las piedras? (O que apedrea usted con sus poesías al prójimo?)
—No, señor; poeta lapidario, poeta que graba en piedra, que escribe inscripciones más que otra cosa; poeta que pone epitafios á sus ilusiones y á las cosas del mundo exterior. El bello ideal de la poesía es el telegrama para Filipinas; es decir, aquel estilo en que se ahorran palabras como si cada una costara un ojo de la cara. Aquello de *Rege Carolo tertio* es un modelo del género. Los poetas lapidarios acabaremos por ser autores de rótulos exclusivamente.
—Como quien dice, pintores de muestras de la literatura.
—Sí, señor; algo así. Llegaremos á suprimir los verbos como algunos oradores parlamentarios. Es más, si se me creyera á mí, acabaríamos por reducir la poesía á un sistema de señales. *Verbi gratia*: una manecilla apuntando con el índice á unos cuernos y un rabo, significaría todo aquello que Dante explicó diciendo:
Per me si va ne la città dolente,
per me si va nell'eterno dolore,
per me si va tra la perdutta gente, etc.
—Ya comprendo; según la escuela de usted, toda la *Ilíada* debería reducirse á la conocida frase «aquí fué Troya.» El *Homero* de ese género debe de ser algún sordo-mudo.
—Algo hay de eso también. Pero en el interior que se llega á ese grado de perfección, yo me contento con escribir *humoradas* que enclerren en dos, tres ó cuatro versos toda una historia. Verdá usted cómo me entró á mí esta afición al extracto de poesía. Yo, antes de estar empleado en la Diputación, vivía de extrañar causas para un secretario ó relator de la Audiencia, y cuando me dediqué á las musas se me ocurrió hacer con los poemas lo que hacía con las causas. Y ahora voy á leerle á usted algunos poemas reducidos á la mínima expresión. Ahí va el primero:
Al llegar á mi edad, la primavera
se parece al otoño á su manera.
Esto quiere decir que como ya he cumplido treinta y cinco años, ya no me alegré la falaz coquetaría del reacomodo de la naturaleza; en ese periodo aludí yo á todos mis desengaños y aventuras de la vida pasada, á mi tristeza resignada del presente, etc., etc. En fin, se podría escribir un libro con lo que quiere decir ese par de versos. Pero allá va otro poema concentrado:

Perdí la libertad de tanto amarte,
y esclavo de mi amor, vivo contento;
porque sufro un tormento
y es tan dulce el tormento de adorarte!

Esto se refiere á la hija del registrador de la propiedad de Becerra, en la provincia de Lugo; siendo allí escribiente del registro me enamoré perdidamente de D.^a Jesúntina, que crea usted que hacía de mí lo que quería. Yo pasaba las grandes marrias, pero si viera usted cómo gozaba en mi desesperación! Aquello de sufrir por ella...
—Basta, basta; ya lo he comprendido todo. Harto lo dice la *Amorada*, como usted la llamará, que ha recitado usted. Y hasta se me figura comprender que la chica le desdénó á usted por hacer caso del oficial del registro...
—Sí, señor; justamente. Se deduce eso también del contexto, ¿eh?
—Sí, hombre; están sangrando las calabazas. A otra cosa.
—Oiga usted:
Nunca oírás de mis labios que mi vida
no tiene para mí más atractivo
que aticar esta llama que, escondida,
es el solo alimento de que vivo.
—Eso es un poema de hambre.
—Sí, señor; yo desempeñé en Castrondiale; una escuela elemental incompleta. El alcalde no me pagaba, pero su hija era una pintora y yo me enamoré de ella en secreto. No se puede usted figurar...
—Bueno, bueno. Otro poema en cifra, el dímelo.
—Allá va:

¡Mírame así, mi bien! De tarde en tarde
una sola mirada,
inquieta, recatada,
vacilante, cobarde;
pero mirada en que arde
la pasión, por prohibida, idolatrada.

Aquí se alude á una señora casada, á la mujer del síndico de Peñame-llera, con quien estuvo en relaciones ilícitas y telegráficas. No conseguí el codiciado fruto prohibido, porque á la mitad del poema el síndico descubrió el sistema de señales y salió con la humorada de arrojarme un pie de paliza...
—Pues, hombre, en los versos de quinta ausencia que se refieren al caso no se conoce el estrago de la paliza...
—No, señor; eso se conoce en este pie de que cojeo.
—¡Ah, sí! De modo que la tal aventura debió usted escribirla en versos de pie quebrado.
Vamos á ver, y esas humoradas ¿no se las ha leído usted á Campoamor?

—Sí, señor.
—¿Y qué le dijo á usted?
—Que estaba muy flaco.
—Efectivamente, ahora que me fijo. Parece usted la momia de Ramsés II. Pero ¿no le dijo á usted mas Campoamor?
—Me dijo también que me cuidara, que tomara pepsiñá y hierro Bravais... y que *no abusara tanto del berlin en lo sensible*.
—También tiene usted cara de abusar del hordón...
—Pero, y de mis humoradas ¿qué me dice usted?
—Pues nada, lo mismo que Campoamor. Y que todas esas *humoradas*... proceden de los malos humores.
(Desde la escalera):—¡Ah! Y que si quiere usted sanar... que no vuelva á beber cerveza.

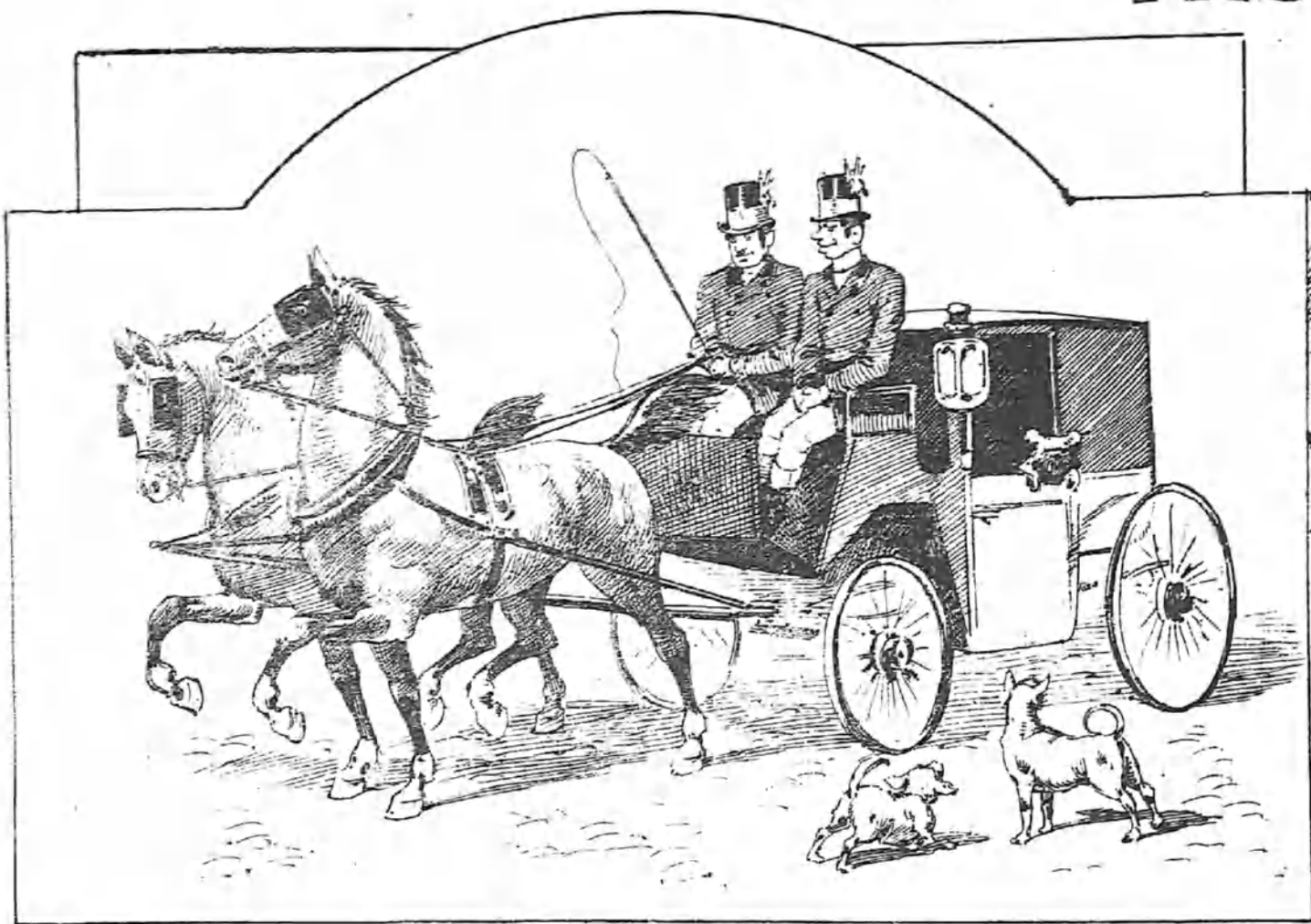
CHARÍN.

UNO DE TANTOS

Yo soy un obrero
de blusa y de faja,
y á mí me obligaron
á manifestar,
siguiendo á la gente
que sufre y trabaja,
que quiere derechos
y quiere medrar.
Advierto, señores,
que soy *limpiabotas*,
que tengo patente,
que tengo *salón*,
y pago en el acto
las primas y cuotas
que el gremio me marca
de contribución.
Pues bien; la otra tarde,
más tieso que un ajo,
con un compañero
llamado José,
salíme á la calle
dejando el trabajo,
porque era preciso
pedir... no sé qué.
Formé entre los grupos
de trabajadores;
corríeron las calles
y yo les seguí,
y of dien discursos
á cien oradores...

que acá, entre nosotros,
ninguno entendi.
Hablaban en *mítin*,
que no sé qué es eso;
hablaron de mutua
solidaridad,
de infames *burgueses*,
de *ley*, de *progreso*...
y, en fin, de otras cosas
de igual calidad.
Quedéme en ayunas
de lo que decían,
y de lo que sólo
me pude enterar
es de que los grupos
á voces peñan
¡ochó horas! ¡ochó horas!
para trabajar.
¡Ocho horas tan sólo!
la gente pedía
con voces y gritos,
y ¡bien sabe Dios
que yo, más modesto,
me contentaría
con que los del gremio
tuviéramos dos!
¡Ocho horas, Dios mío!
¡Seremos idiotas!...
¡Si yo las pillara,
no quiero pensar

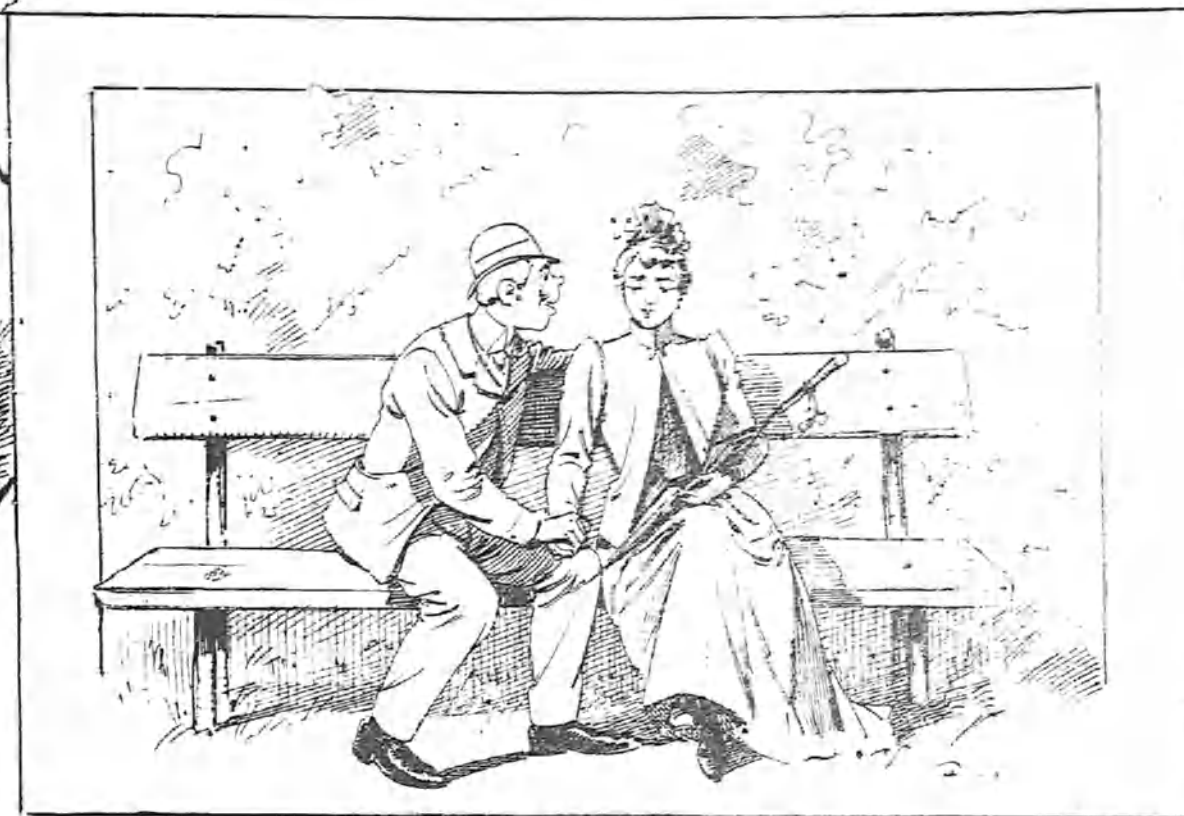
MISCELÁNEA



—¡Guau! Miá tú, Bismark, miá cómo nos desprecia el Canelo porque va en coche!
 —¡Fuera! ¡Guau, guau!
 —¡Abajo las clases!
 —Fastidiosos, morralla.



Llevo unos cuantos años jugando la mirada delante del espejo.... y no consigo nada.



—¡Y pensar que este dúo de amor se convertirá en terceto dulcísimo!
 —¡Ay, Manolo, por Dios! que me ruborizo toda...



—¿Á que este animal no me deja hoy lucirme delante de Amelia?



¿No lo dije?



Todo está en que me vea y se fije en esta postura. Si se fija... ¡se ha caído el esposo!



—No, pues éste no es el terceto que yo había soñado.

los cientos de miles
de pares de botas
que al cabo del año
podría limpiar.
A mí, tantas horas
me sobran del todo.

Lo que es más preciso
en mi profesión
es que haya tormentas
y lluvias y lodo...
y gente cariñosa,
que venga al *salón!*

FIACRO YRÁVZOR.

OREJAS

No se fijan en estos pormenores algunas personas.
Pero no son insignificantes las orejas.
Seguramente ninguno de ustedes prescindiría de ellas ni por com-
promiso.

La antigüedad de las orejas es casi igual á la de la humanidad.
Porque hay sabio que opina que los primeros hombres no las usaban,
pero que les crecieron después.

La historia de las orejas es importante.

La oreja de Malco, la de Jorge.

No sé qué tendrá de impúdica la oreja que nadie quiere enseñarla, pero
la enseñan muchas personas.

Para saber quién es cada cual no hay sino mirarle á las orejas.

Las de aumento revelan longevidad, según opinan varios autores, y
bestialidad, en sentir de otros.

Se observa que el burro gasta oreja larga, aunque perfectamente dibu-
jada, y no como las de algunos hombres que, sobre ser grandes para
orejas, son incorrectas y desdibujadas.

El perro de lanas y otras varias clases de canes usan también orejas
largas y caídas, que son hojas de parra más que orejas.

El perro es animal inteligente.

Ya quisieran parecerse muchos hombres.

En el ramo de orejas es grande la variedad.

Orejitas como capullos de rosa, que van unidas á cabecitas de ángel.

Orejas pálidas que parecen emparedados.

Orejas pegadas á la cabeza, como temerosas de abusar del espacio.

Orejas de tornavoz, de esas que se vienen encima de la persona con
quien habla el dueño de aquellos aventadores.

Orejas de sorpresa, movidas por el viento.

Y orejas como salchichas, gordas, coloradas y relucientes.

Generalmente, las personas de orejas grandes son suspicaces y no pro-
pensas á prestar un servicio al prójimo.

Egoístas, parece que todo lo quieren para sus orejas.

Los que usan orejas con corrimiento, separadas de la cabeza por sus
vuelos, son personas con quienes es preciso estar siempre en guardia.

Esto es, tener siempre las tijeras en la mano para cortar las orejas del
que habla.

Las orejas con vivos negros, de luto riguroso ó de medio luto, acusan
un propietario sucio y repugnante.

Cuando se aprende dibujo natural, una de las partes de la figura hu-
mana más dificultosas es la oreja.

El hombre que está siempre con la mosca en la oreja, no puede vivir
tranquilo.

Hay orejas hipotecables, si no *per se, per accidens*.

Son esas que engalanan preciosos zarcillos de brillantes.

Se ha dado más de un caso de ladrón que ha cortado la oreja á una
señora por empeñar el pendiente que llevaba.

Chicos poetas que no pueden contener su inspiración.

Personas hay que, poseyendo un par de orejas como dos cortes de cha-
leco, carecen de oído.

Son bromas de la naturaleza.

Las orejas con vegetación en la entrada del oído descubren á un petro-
lero terrible ó á una patrona de pupilos mártires.

Hay orejas que, vistas por detrás, imitan globos aerostáticos en el prin-
cipio de su hinchazón.

La oreja es un barómetro infalible.

Cuando está limpia y es bonita, inspira deseos de morderla.

Cuando son criollas, digámoslo así, inspiran cierta desconfianza.

Un amigo mío á quien repugnan las orejas, dice que están llamadas á
desaparecer, y lo mismo los orejones.

Yo le recordé á Juanito Orejón (Q. E. E. O. M.).

EDUARDO DE PALACIO.

DESCORAZONÉMONOS

He tomado la pluma hace un momento
y no puedo escribir, porque me siento
en uno de esos días

de mortal desaliento
que solemos sufrir las medianías.

¡Hay nada más amargo
que correr tras la trompa de la fama,
viendo el camino cada vez más largo,
y, al parar de repente, hacerse cargo
de que no es á nosotros á quien llaman!

¡Hay desdicha mayor que la que espera
al infeliz que sueña con la gloria,
desde el instante mismo en que se entera
de que se va á morir como un cualquiera,
sin que deje ni rastro ni memoria?

El que cree, como en Dios, en su talento
y el plomo puro se le antoja plata,
no conoce el tormento
de esta triste impresión de agotamiento,
que asíquela y consume enerva y mata.

En busca de un raudal de poesía
el cerebro se estruja,
y tras horas eternas de porfía
suele brotar un hilo, que podría
meterse por el ojo de una aguja.

Cuando ese caso llega,
no hay entusiasmo loco ni fe ciega;
trabaja el escritor como un cantero,
y se lanza á la brega
sin otras ambiciones que el puchero.

¡Ni un rasgo, ni un asunto, ni una idea!

¡Todo líneas borrosas y confusas!

Y ¡qué adelanta el pobre que pelea

para ver si franquea

los umbrales del templo de las Musas,

si después de luchar inerme y solo

contra el desdén perpetuo de las masas,

oye decir á Apolo:

¡No te molestes, hijo, que no pasas!

Por eso, algunos días

me siento en ese estado

que solemos pasar las medianías,

¡y que no lo resiste el más pintado!

SINESIO DELGADO.

EL JUGADOR

Empezó jugando á pares ó nones agujas y alfileres; después jugó á las
chapas y á cara y cruz; sus primeras tres pesetas se perdieron en un dé-
cimo de la lotería; su primer duro, en un *entrés* de caballos.... Hoy cultiva
todos los juegos, desde el bacarrat á la ruleta, desde el clásico dominó
hasta el monte, desde la plebeya brisca ó el mus tabernario al noble billar.

No tiene predilección por unos ni por otros; todo lo que sea juego,
siempre que tenga un poquito de azar, le encanta y le seduce. Y eso que
de él podría decirse lo que hace cuarenta años decían las alerías de *El
hombre malo*:

«Juega y pierde.»

Porque á pesar de su constancia en el juego, son pocas, muy pocas las
veces que ha actuado de hombre bueno jugando y ganando. Sale de un
garito para entrar en otro; frecuenta los billares por si en ellos se juega
al punto de la bola ó á los borregos; sueña por las noches con el número
en que va á salir el premio gordo de la lotería, y por las mañanas, mien-
tras cuece el chocolate, se entretiene jugando un solitario.

No siguió la carrera militar, á la que mostraba aficiones, porque fué sor-
teado á los veinte años y le tocó bola blanca; no se ha casado porque
cortó cuatro veces la baraja y siempre le salieron sotas; odia á los mo-
narcas, porque suele jugar contra ellos y siempre le sale un rey en puertas.

Conoce á mucha gente ó, mejor dicho, á muchos puntos, y aunque ig-
nora sus nombres, no olvida las circunstancias precisas para darles á co-
nocer. El saluda á muchos individuos por la calle, pero si le preguntan
que quiénes son, contesta invariablemente:

.....[Ese] Pues ése es el que hizo saltar la banca del marqués siete veces
seguidas.

.....[Ese] El que levantó un muerto en el Casino, por lo que le hicieron
bajar rodando las escaleras.

.....[Ese] Uno que tallaba de cabecera en la partida del Bizco. Por señas
que con él perdí seguidas treinta y dos cartas, y no quebró el juego hasta
que me quedé yo sólo una peseta.

.....[Ese] El usurero que acude á todas las partidas de rumbo para prestar
dinero sobre alhajas á los que pierden.

Fuera de ciertos círculos no se le ve nunca, y al teatro sólo ha ido una
vez, y esa engañado, por ver que en el cartel anunciaban *Oros, copas, es-
padas y bastos*. De paseo va muy raras veces y sólo por la ronda, para ver
á los ratas echar el as de oros á los paletos que llegan á Madrid; con los
toreros se para algunas veces, para preguntarles si las reses de la última
corrida *dieron juego*, y ahora piensa pedir algún libro de Derecho político,
para enterarse de lo que es el *juego de las instituciones*.

Cuando muera, habrá un medio muy sencillo para comprobar la defun-
ción: ponerle una peseta en la mano y gritar á su oído: «Entrés por un
punto! Si no se levanta ni se le alegran los ojos, no hay esperanza; nues-
tro hombre habrá dicho mentalmente y despidiéndose del mundo: *¡Otra
talla!*

M. OSORIO Y BERNARD.

CANTARES

No te fies de amores,
porque son todos
lluvia de primavera
y hojas de otoño.

En los soñadores,
como en el verano,
¡las noches, soñando, resultan tan
¡los días, tan largos! [cortas!

Mi amor en un cuadro puse:
¡única vez que no he dado
con una mujer voluble!

Cuando discutí contigo
—¡mira tú qué ley tan dura!
—doy una vez en el clavo,
y doy ciento en la herradura.

Enterraron á mi hijo,
y yo me quedé diciendo:
—¡Qué pequeña es esa tumba
para dos almas y un cuerpo!

Cuando los enamorados
empezaron á llorar,
dicen que poquito á poco
iba formándose el mar!

Las estrechitas del cielo
se parecen á mis penas
en que no pueden contarse
y en que su luz da tristezas.

No me mires de ese modo,
te lo pido por favor:
mira que voy para santo,
¡y pierdo la vocación!

En la corteza de un árbol
se enlazaron nuestros nombres:
¡si fué eterna la alianza,
dízelo á los leñadores!

Para pasar á tu lado
tengo yo mucho más miedo
que para pasar el charco.

Me diste una cruccecita
al jurarme tu querer:
la cruccecita se ha roto,
¡y el juramento también!

Según dicen muchas
notabilidades,
hay *señaladores*... para la *venta*
de localidades.

Como en poesías,
en cuestiones de honra
suele haber diferencias notables
del fondo á la forma.

Sus trenzas de pelo rubio
con el oro las comparo,
aún más que porque son rubias,
porque van de mano en mano.

Doy un beso á tu retrato
de noche, cuando me acuesto,
¡y luego sueño que un ángel
baja á devolvérmelo!

Con esa morena, basta
con acercarse y pedir...
¡Parece á esos diputados
que siempre dicen que sí!

RICARDO J. CATARINER.



No quiere Dios que yo esté conforme á todas horas con D. Manuel Canete, de la Real Academia Española.

Trata en el último número de *La Ilustración* de las obras que han ido saliendo del concurso del Círculo Artístico-Literario, y empieza así:

«Crear obras dramáticas por apuesta, como por vía de juego, en plazo fijo y determinado, no me parece el mejor modo de rendir á la literatura teatral el homenaje que le es debido en la patria de Lope de Vega y Calderón.»

«Y qué más da que se hagan por apuesta ó voluntariamente! El caso es que se hagan y salgan buenas. El cómo no lo pregunta nunca el público.»

Sobre que tampoco me parece á mí que se rinde homenaje á la literatura teatral de la patria de Calderón haciendo traducciones....

Y traducciones de comedias malas, *por ende*, como usted diría.

Y sigue:

«Sólo se han salvado de tan triste fin, entre las que ya han salido á luz, dos representadas en el Teatro Lara.»

¡Vaya una gracia! Y cuando usted decía eso se habían estrenado tres. Luego la mala fe salta á la vista.

Apunte usted otro éxito. Porque á estas horas se ha representado la cuarta, y se están oyendo los aplausos todavía.

Y ya podía usted darse por satisfecho si no le silberan á usted más que el 25 por 100 de las susodichas traducciones.

Final:

«El sainete de Luceño vale más, no sólo porque está escrito con mucha gracia desde el principio hasta el fin, y porque *llena plenamente* las condiciones literarias del género á que corresponde, sino por la mayor novedad del asunto, por el vigor con que en cuatro rasgos pone en relieve figuras tomadas directamente del natural. En ley de verdad, el sainete á que aludo es tal vez la mejor obra de Luceño, porque sabe inspirarse en la realidad y ser chistoso sin faltar á lo que se debe al decoro público.»

¡Alto ahí!

«Pues no decía usted antes que no se podían crear buenas obras dramáticas por apuesta, rindiendo homenaje, etc., etc.?»

Resulta que no sólo no estoy yo de acuerdo con D. Manuel, sino que D. Manuel no está de acuerdo consigo mismo.

Perdonen ustedes, pero tengo que volver sobre lo mismo.

Dice el revisero de *El Imparcial*, al dar cuenta del grandísimo éxito obtenido por la zarzuela de Manzanao y Chapi:

«Dicho sea sin ánimo de faltar á nadie, de todas las obras hechas á consecuencia de aquella célebre apuesta del Círculo Artístico-Literario, la estrenada anoche es la mejor.»

Como ofender no ofende usted, pero ¡carambá! ¿as conoce usted todas, por casualidad?

Pusiste una vela á Dios
y la otra vela al diablo:
¡la de Dios *debió* apagarse,
según lo que está pasando!

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

Libros:

Confiterías culinarias, por D. Angel Moro. Segundo cuaderno. Precio: una peseta.

La España celtica, poemita de D. Francisco González Prieto, premiado en el certamen literario celebrado en el Centro Católico de Gijón. Precio: 15 céntimos.

Hierro y fuego, colección de poesías de D. Nicanor Rey Díaz. Revela en ellas el autor una inspiración vigorosa y potente, estilo propio, en fin, *novela*. Un tomo editado por la casa Juberá hermanos. Precio, 3 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Melanconillo.—No está mal hecha, no, señor, pero el género no es del gusto del público. Pasó de moda hace mucho tiempo. ¡Y ya habrá usted oído decir que la moda es tirana!

Sr. D. A. R.—Madrid.—Sí, se recibió. Pero ¡ay! tiene poco saliente. Sr. D. J. R. R.—Madrid.—Me parece mala. No deja de ser una opinión como otra cualquiera.

Un gracioso.—Pues á esas gracias las llamamos en España de otra manera. Las llamamos bobadas.

Sr. D. J. T. C.—Valladolid.—No hay peor cosa que creer que se tiene picardía y ser inocente de suyo.

Castita.—Candidito se debía usted llamar.

Sr. D. R. I. F.—Madrid.—¿Qué letrazal! ¿qué ortografazal! ¡y qué versozos!

Lerd Melville.—Vaya, basta de broma. Usted no ha nacido para hacer versos. Ni para leerlos siquiera.

Sr. D. P. E.—Madrid.—Pues,.... además de otras incorrecciones, es vulgar como el solo.

Ferrea.—Es demasiada seriedad ésa.

Melilla.—Digo á usted lo mismo, exactamente lo mismo que á D. P. E. dos líneas más arriba.

Sr. D. M. P.—Granada.—Se recibieron 10 pesetas.

Sr. D. E. C.—Valencia.—Todos ellos carecen de *chis*.

Segundo.—Esas cartas de paletos, en las cuales toda la gracia consiste en no saber escribir en castellano.... no tienen más gracia que ésa.

Pacha.—El que pregunta esas cosas debe dejarse de literaturas. Porque está muy atrasado todavía.

Varios suscritores.—Eso mismo podían ustedes haber preguntado de mucha gente.

Benigno.—Cielos divinos! ¡Noventa versos para no decir casi nada!

Tranquilón.—Tenga usted calma, que no por mucho escribir amanece más temprano. Se publicará lo de la pulga y.... podemos enviarle los números.

El tachiller Nifrenzas.—Para composición no vale la pena; para chismes y cuentos es demasiado largo.

Noel.—Malo.

Sr. D. M. S.—Madrid.—Esas décimas no tienen que envidiar nada á las más medianas que se hayan escrito en el mundo.

Otro.—Sí, haga usted otro soneto, pero que no sea tan vulgar como ése.

Oragne.—No sirve. Y dispense usted la sequedad.

Caro.—No, hombre; ¡sí es que es muy malo todo! ¡Qué más quisiera yo que no lo fuese!

Posturitas y yo.—¡Vaya unas posturitas para retratarse!

Un curioso.—¿Y qué le hemos de hacer? Cuando el hombre se pone triste, no hay castañuelas que le alegren.

Pero Penca.—Tiene usted gracia de la buena.

El Pulcarrasco.—Se ha puesto usted á hacer versos, y le ha salido piedra labrada; póngase usted á picar piedra, á ver si le salen versos por casualidad.

Melida y compañía.—¿Conque un tropiero? ¡Una caída de latiguillo más bien!

Cacaxino.—Tú tendrás mucha rabia, pero lo que es escribir no sabes.

¿Mande la firma?—«En el palco que en el Príncipe ocupaba....» ¡Viente versos! ¡No, no la mande usted!

Melida con c. c. ra.—Mire usted, el verbo *war* se escribe sin h y el verbo *var* se escribe con v. Y vaya usted á la escuela primero.

Sr. D. E. P.—Madrid.—Muy humito para decirselo á ella particularmente.

Sr. D. E. C. M.—Madrid.—A más de otras cosillas, el asunto es una vulgaridad muy grande.

Un pendón.—Eia, además, no está muy bien versificada que digamos.

OBJETOS DE ESCRITORIO



Escribanía de capricho

1912, Junio del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y OPINIONES DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
LETRAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.— Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.— Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.— Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.— Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro o señas de franco, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones: 2.º de mes, y se suspende el paquete a los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

EDICIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Pezuelas, 4, primera izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

SE VENDEN TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ A CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIBESIO DELBAO

DIREJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librerías y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, a contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende a los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven bajo certificado, a vuelta de correo.